

TIEMPO, MEMORIA, HISTORIA

LECCIÓN INAUGURAL
DEL CURSO ACADÉMICO 2017-2018
PRONUNCIADA POR LA
PROF^a DRA. ISABEL OSTOLAZA ELIZONDO

CATEDRÁTICA DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA

TIEMPO, MEMORIA, HISTORIA
LECCIÓN INAUGURAL
DEL CURSO ACADÉMICO 2017-2018
PRONUNCIADA POR LA
PROF^a DRA. ISABEL OSTOLAZA ELIZONDO
CATEDRÁTICA DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA



Pamplona, 8 de septiembre de 2017

Edita: Universidad Pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa
Coordinación: Servicio de Comunicación
Fotocomposición: Pretexto
Imprime: Ulzama Gráficas
Depósito Legal: NA 1495-2017
Distribución: Sección de Publicaciones
Universidad Pública de Navarra
Campus de Arrosadia
31006 Pamplona
Fax: 948 169 300
Correo: publicaciones@unavarra.es

Sra. presidenta de la Comunidad Foral de Navarra,
excelentísimo rector magnífico,
dignísimas autoridades,
miembros de la comunidad universitaria,
señoras y señores,

Siguiendo la tradición universitaria y cumpliendo el protocolo que rige la apertura solemne del curso académico, en el que se exponen las aportaciones de la universidad el pasado año, en este curso que comenzamos en el que se conmemoran los 30 años de la fundación de la Universidad Pública de Navarra, parece momento oportuno para hacer un poco de historia sobre la Historia. Agradezco la invitación del Sr. Rector para presentar la *Lección inaugural* del curso 2017-2018, como un honor para el Departamento de Geografía e Historia del que formo parte y como una deferencia hacia las áreas de Ciencias Humanas, que tan escaso peso parecen tener en la resolución de los problemas del mundo actual. No obstante quiero plantear una serie de reflexiones sobre aspectos relacionados con la materia histórica, que versan sobre **el Tiempo, la Memoria, y la escritura de la Historia.**

El género histórico, tal y como lo entendemos en la actualidad, surgió en la Grecia clásica en el contexto de las guerras médicas (490-470 a.C.), que enfrentaron a las ciudades de la Hélade con los persas Aqueménidas, de forma que las ciudades

griegas del continente europeo se defendieron de la acometida del imperio persa que 50 años antes había conquistado las comunidades jonias de la costa de Anatolia. No hay datos históricos elaborados en la propia Persia que permitan una confirmación del relato griego, pero la hegemonía persa en Irán, Mesopotamia, Anatolia y la zona fenicio-palestina fue una realidad, como lo corroboran las noticias del Antiguo Testamento hebreo, en el que los judíos agradecieron la liberación de la cautividad de Babilonia y establecieron relaciones de dependencia cordial con los Aqueménidas (Deuteronomio, libros de Esdras y Nehemias). Historiadores jonios (Herodoto y Dinón) relatan la confrontación con Grecia, y especialmente este último en sus *Pérsicas* refiere los reinados de Artajerjes I a Artajerjes III. Un siglo más tarde, Alejandro Magno llevaría la venganza griega al máximo nivel derrotando al imperio persa entre el 331 y el 329 a.C., destruyendo sus principales ciudades y, como consecuencia, sus archivos.

El inicio de la Historia en Grecia está ligado a un fuerte sentimiento de identidad cultural y nacional, cuyo impulso proviene de comunidades urbanas (polis) con una organización política compleja y participativa, que apostó por defender su libertad de acción frente al sometimiento exigido por potencias que ejercían un poder absoluto sin contrapeso (los persas). La historia romana también nace impulsada por un fuerte sentimiento de identidad nacional, tras la confrontación con Cartago por el dominio del Mediterráneo central y occidental en las llamadas guerras púnicas. La hegemonía romana en ambas riberas del Mediterráneo, que pasará a denominarse *Mare nostrum*, no obedece, como dice la historiadora y premio Princesa de Asturias Mary Beard, a un plan preconcebido, ni puede achacarse a una mayor belicosidad de la república romana en relación con los pueblos que llega a dominar¹. Pero tiene consecuencias importantes en el ámbito político y jurídico del continente europeo, pues se pasa de la referencia tribal a la ciudadanía romana.

Roma fomentó la creación de ciudades como elemento identificador de los indígenas como individuos, creando 12 ciudades en Hispania en la época republicana, casi todas situadas en el eje del Ebro y vías de comunicación dirigidas hacia la Galia (entre ellas Pompaelo). De forma que a partir de entonces las gentes fueron denominadas no por el grupo étnico al que pertenecían (vascones, ilergetes), sino como habitantes de la ciudad de Ilerda, Pompaelo, etc.² Tras el fin de las guerras celtíbe-

1. Beard, M.: *SPQR. Una historia de la Antigua Roma*. Barcelona: Crítica, 2016.

2. Pino Polo, F: «Etnia, ciudad y provincia en la Hispania republicana», en *Roma generadora de identidades: la experiencia hispana*. Madrid: Casa de Velázquez, Universidad de Sevilla, 2011, pp. 39-53.

ras, un ilergete, un vacceo o un vascón (siempre que fueran hombres libres que hubieran conseguido el derecho de ciudadanía por concesión de la máxima autoridad romana, es decir a propuesta de un cónsul y previa aprobación de los comicios tribunados romanos), además de la denominación gentilicia que le relacionaba con su tribu o *gens* de origen, tenía un punto de referencia universal que le conectaba con Roma y le permitía vivir en su comunidad, con los mismos derechos y obligaciones que un ciudadano romano.

No todos los pueblos del entorno mediterráneo tuvieron un relato histórico continuado. En la historia hebrea destaca su empeño por la supervivencia de su identidad religiosa y cultural en un contexto político adverso que le lleva a la pérdida de la Tierra Prometida. Parece por tanto evidente que el relato histórico no pudo desarrollarse en pueblos que no tenían un territorio de asentamiento, y unas instituciones políticas estables que dejaran constancia de las formas de gobierno y organización social. El género histórico nació pues en Europa, y en concreto en Grecia, tierra de filósofos, donde predominaba la lógica como método analítico para la comprensión de los fenómenos. La escritura de la Historia no fue por otra parte fruto de la espontaneidad ni de la improvisación, sino que buscaba dar realce a los valores constitutivos de la identidad política y cultural de las civilizaciones del Mediterráneo (entendiendo que el término viene de *civitas*/ciudad). Se buscaba la exaltación de los valores de la civilización helena (el amor a la libertad, la organización política de alguna de sus ciudades con manifestaciones de una incipiente e incompleta democracia), pero también de sus sombras (la rivalidad entre ciudades, la lucha por el poder y la hegemonía entre ellas) que provocarían la decadencia de la Hélade.

La historiografía romana se inicia en los años finales de la república. Las obras de este periodo se denominan *Annales* porque narran los acontecimientos del año según los informes remitidos al Senado y conservados en los archivos del Estado. Sus autores, conocidos genéricamente como analistas, eran miembros de la clase senatorial y abordaban sus escritos como mera extensión de su actividad política. Por tanto las fuentes de información y el relato histórico de ellas derivado parecen ser de utilidad para el ejercicio de la política, convirtiéndose en referencia para resolver cuestiones del momento, o como recordatorio de decisiones no demasiado brillantes (algo así como la videoteca televisiva actual, en la que se pone en evidencia la incoherencia de algunos cargos públicos). El género histórico romano está muy influenciado por modelos griegos. A mediados del s. II a.C. surge con el historiador griego Polibio la historia comparada. En su obra *Historiae* estudia el sistema político romano (*Constitución romana*), que considera el más perfecto, ya que reúne los tipos de gobierno recogidos en la *Política* de Aristóteles (monarquía, aristocracia, democracia), que simbolizan la fase de crecimiento de los regímenes políticos

frente a la degeneración (tiranía, oligarquía, crisis) que ya se había experimentado en Grecia.

Historia y Geografía van unidas en Pausanias (s. II d.C.), considerado un geógrafo de la Historia, que hace una descripción pormenorizada de la Grecia continental y las islas, con una visión enciclopédica que se basa en los monumentos, esculturas y parajes anteriores a la conquista romana, dotándoles de una capacidad discursiva autónoma como muestra de la grandeza de la civilización griega. Estrabón, de origen griego, será el autor más conocido y constantemente citado, pues en su *Geografía* describe Europa, Asia y África, en parte por conocimiento personal adquirido a lo largo de sus viajes, pero también a través de la obra científica de Eratóstenes de Cirene. En lo que se refiere a Iberia, Galia y Britania recogidos en el libro 3 de su *Geografía*, utiliza la obra de Polibio. La *Geografía* de Estrabón es descriptiva, con datos históricos, consideraciones filosófico-culturales y etnográficas, y nos ha llegado a través de un códice bizantino posterior al s. X, del que hizo una primera edición Aldo Manuzio en Venecia en 1516³. Por otra parte Pomponio Mela, de procedencia hispana (Tingentera/Algeciras), escribe en tiempos del emperador Claudio, *De Chorographia*, cuyo tercer volumen describe Hispania, Galia, Germania, África, Asia.

Pero centrémonos en el enunciado de esta lección inaugural para hablar del

Tiempo

Hesíodo en su *Teogonía*, compuesta entre los s. VII-VI a.C., explicaba el origen del cosmos y la mitología griega, de forma que la unión entre el cielo y la tierra generó todo lo creado. El tiempo (Chronos en griego) era el más joven de los titanes, nacido de Uranos (cielo) y Gea (tierra). Chronos y su hermana Rea fueron los padres de la mayor parte de los dioses del Olimpo, entre ellos Zeus. La literatura griega recoge el mito de Chronos devorador de sus hijos por temor a ser destronado por ellos, la salvación de Zeus por una estratagema materna, la administración de un emético que hizo que Chronos regurgitara a sus descendientes (entre ellos, Hades, el dios del mundo subterráneo y Poseidón, el dios del mar). A partir de este momento, el mundo controlado contra natura por Chronos, quedó expuesto a todo tipo de cala-

3. Churruca Arellano, J.: «Fuentes de la Geografía de Estrabón», *Iura Vasconiae*, 5, 2008, pp. 269-340.

midades, no quedando otra posibilidad de control del caos sino a través de los dioses del Olimpo, en el que Zeus reinaba con sus poderosas armas de dominio de los cielos por medio de las tormentas eléctricas. Hermosa forma de explicar la creación del mundo en continua lucha entre el orden y el caos, en el que el Tiempo tenía un papel principal y a su vez cambiante y sometido a incertidumbres que no podían obviarse, por el empuje inexorable del devenir cósmico.

Del tiempo mítico y atemporal, se pasará a la observación del tiempo cósmico. Los datos científicos darán consistencia al **tiempo astronómico**, con la medición del año (*annulus*) o ciclo de 12 meses lunares, en el que los países del hemisferio norte situados por encima del trópico de Cáncer podían seguir el paso de las estaciones climatológicas. La concordancia del ciclo lunar de algo más de 29 días solares, con el ciclo solar de 24 horas de duración en el que nacía y se ponía el sol, y los algo más de 365 días de la órbita solar, fue tarea complicada que se reguló en tiempo romano, con la reforma juliana (basada en cálculos del astrónomo Sosígenes de Alejandría e impulsada según Tito Livio por Julio César). El calendario juliano trató de concordar los ciclos solar y lunar con la introducción de los años bisiestos, que tenían un día más en el mes de febrero cada cuatro años. El nuevo calendario romano seguía dividiendo el mes en periodos de *kalendas*, *nonas* e *idus*, pero se cambió el orden de los meses pasando los de enero y febrero a comienzo de año. El calendario juliano terminó imponiéndose en el ámbito del Imperio romano y posteriormente en el continente europeo y su entorno de influencia.

Pero existen otras concepciones temporales que escapan al modelo tiempo/calendario. Existe el **tiempo psicológico**, marcado por acontecimientos que hacen que se tenga conciencia de un antes y un después de los mismos. La noción de crisis, de decadencia histórica tiene que ver con esta percepción psicológica del tiempo. Los avances tecnológicos, el descubrimiento de nuevos mundos (en nuestro planeta o en otros de nuestra galaxia) nos hacen vislumbrar la existencia de nuevos horizontes. La conciencia de pertenencia a una misma época (generación de mayo del 68, generación digital) evidencia un sentimiento de afinidad que tiene consecuencias en lo que entendemos como dinámica social, que depende de las modalidades de concatenación y estratificación de las generaciones, en las que se produce una confrontación entre herencia e innovación en la transmisión de elementos culturales, con un cuestionamiento por parte de los jóvenes de las certidumbres en las que se sustentó la vida de generaciones anteriores⁴.

4. Ricoeur, P.: *Temps et récit, t: III, Le temps raconté*. París: Du Seuil, 1984, p. 162, nota 2.

Pero en relación con la Historia, nos interesa hablar del **tiempo histórico**, es decir, el utilizado en el relato histórico, que tiene otro tipo de percepción, relacionada con las vivencias de los seres humanos en relación con fenómenos universales, muchas veces ligados a creencias o determinados acontecimientos considerados como hitos, a partir de los cuales se inicia un periodo de cálculo temporal. Hay dos formas de considerarlo. El llamado **tiempo cíclico**, que se repite infinitamente sin comienzo ni fin en función de creencias religiosas (reencarnación del hinduismo, budismo, taoísmo, algunas culturas de África, América y Oceanía), o de la secuencia orbital del sol u otros astros y sus correspondientes festividades religiosas relacionadas con los ciclos de la naturaleza (creencias chamánicas, drúidicas); o el ciclo vital del género humano, trasladado en la historiografía griega a los regímenes políticos, con sus etapas de nacimiento, crecimiento y decadencia.

El **tiempo lineal**, por el contrario, tiene su comienzo en efemérides importantes para las culturas clásicas (las Olimpiadas en Grecia, la fundación de Roma o el sistema de datación consular en el mundo romano); de religiones monoteístas (zoroastrismo, judaísmo, cristianismo, islamismo), que consideran la creación del mundo, el nacimiento de Cristo, o la salida de Mahoma de La Meca a Medina, como comienzo de Eras a partir de las cuales se inicia el cómputo temporal continuo. En la historiografía altomedieval europea, la linealidad del tiempo histórico buscaba la atemporalidad (hitos de la Creación, venida de Cristo y redención del género humano, el final del mundo tras el Juicio final), dotando a la Historia de una función ejemplarizante, en la que el presente se justificaba por el poder del pasado y el peso de la tradición, provocando un distanciamiento psicológico por su anacronismo.

Estas dos concepciones temporales se perciben en la historia medieval, recuperándose la cronología y la ligazón entre acontecimientos y sus protagonistas como en los tiempos clásicos. Irrumpió para quedarse el ritmo genealógico, con una representación de los periodos históricos a través de generaciones de reyes y gobernantes que generaron **secuencias genealógicas**, en las que se pueden conocer dinastías que dejaron una impronta exitosa o deplorable, con periodos de grandeza o decadencia para las sociedades que por ellos fueron gobernadas. Este tipo de cómputo sirvió como modelo y referente para la elaboración de fuentes históricas posteriores, y no solo en lo relacionado con la historia civil, sino con la eclesiástica. Así, las Historias de los pueblos bárbaros escritas entre los s. VI-IX (godos, vándalos, suevos, francos, lombardos, sajones, por mencionar las de los más próximos a nuestro entorno), lo mismo que las crónicas de los reinos cristianos de la península ibérica que comienzan a redactarse desde fines del s. IX, como justificación ideológica de la lucha por la recuperación de

los territorios ocupados tras la invasión musulmana, contienen las *Genealogías* de reyes de los nacientes reinos cristianos, entre ellas la de los reyes de Pamplona-Nájera conservadas en el códice de Roda⁵.

Frente a esta concepción lineal o cíclica del tiempo histórico, encontramos en la Historia contemporánea la noción del **presentismo histórico**: asociado al concepto de modernidad, no tanto por su relación con el pasado sino con nuestro tiempo, es una especie de ruptura que tendría como punto de referencia el final del s. XVIII, con la Revolución francesa y el nacimiento de un hombre nuevo en el que primarían los derechos individuales en relación con el Estado y con la sociedad. Este presentismo histórico ha marcado una tendencia al olvido (y diría yo de menosprecio) del pasado, en un intento de no retorno hacia el *homo historicus*, como si el hombre nuevo influido por las revoluciones contemporáneas no tropezara con los mismos problemas con las que se encontraron sus antecesores en siglos pasados. Jacques Le Goff, en *Histoire et Memoire*⁶, interroga a psicólogos, lingüistas, antropólogos e historiadores sobre la Historia. De sus respuestas se concluye que modernidad se opondría a antigüedad (lo antiguo, lo tradicional), a la división convencional en épocas partiendo de determinados acontecimientos que justificarían el cambio de periodo (antiguo, medieval, moderno, contemporáneo).

Aunque esta ruptura con las referencias históricas remotas entra en contradicción con el fenómeno de las recurrencias. Así, las referencias al pasado de ciertos pensadores de la historia política del periodo renacentista, como Maquiavelo con su reflexión de la república florentina (ascenso y caída de los Médici, periodo de Savonarola), y su consideración de que cuando las formas de gobierno llegan a la fase de degeneración y colapso hay que volver a los orígenes⁷. En el s. XVIII Montesquieu se inspirará en los clásicos para proponer el efecto contrario, la separación de poderes

5. Escrito en los ss. X-XI, estuvo en Nájera hasta avanzado el s. XII, pasando a la catedral de Roda de Isábena en 1699, posteriormente a manos de Dormer cronista de Aragón y otros propietarios, hasta que en 1927 lo compra el Estado y se deposita en la Real Academia de la Historia.

6. Le Goff, Jc.: *Histoire et Mémoire*. París: Gallimard, 1988.

7. En su obra culmen *Il príncipe*, Maquiavelo tomando como referente la República romana en la que se contemplaba la figura del dictador con amplios poderes para conjurar el peligro en momentos difíciles, justificando el poder absoluto del príncipe para proteger al pueblo contra poderes corporativos, al objeto de conseguir un potente Estado centralizado como sucedía fuera de Italia.

del Estado en contra de la concentración de los mismos en la persona del soberano del Despotismo Ilustrado⁸. Por no hablar de las recurrencias históricas que en su vuelta atrás inspiran estilos artísticos tanto en literatura como en arquitectura, con una vuelta al neoclasicismo de inspiración griega en Prusia (Schinkel) o Baviera (el Walhalla de von Klenze cerca de Ratisbona), el neoclasicismo norteamericano, o la inspiración romana del fascismo italiano ya en el s. XX.

Muchas cuestiones antiguas siguen vigentes en la actualidad en los ámbitos del Derecho privado, la concepción del Estado garantista de los derechos de los ciudadanos, el control del poder político y la división e independencia de los poderes del Estado (ejecutivo, legislativo, judicial). En este año en el que se cumple el centenario de la Revolución rusa (1917), que preconizaba la desaparición de la religión por considerarla el opio del pueblo, observamos con asombro que se han reconstituido los patriarcados de Moscú y Kiev tras la desaparición de la Unión Soviética.

Vemos pues que el concepto *antiguo* como oposición a *moderno* tiene muchos matices. Podemos decir que la Historia sigue un proceso de linealidad que asociamos a la idea de progreso, de mejoras sociales e individuales, aunque esa progresión no es continua sino que llega a fases de agotamiento que conocemos como crisis. En ellas tenemos la tentación de recurrir a los clásicos, que se llaman así porque recogen problemas universales del hombre y la sociedad, y nos sirven de referencia, de consuelo y esperanza, pues nos permiten entender que la humanidad ha pasado por muchas dificultades (no todos los tiempos pasados fueron mejores), y, pese a ellas, ha logrado sobrevivir y continuar su periplo. Como dice Mary Beard, no nos gustaría vivir en la antigua Roma, nos parecería demasiado brutal para nuestra sensibilidad actual muy acostumbrada a exigir derechos amparados por una legislación que los recoge. No somos Roma, pero somos herederos de ella.

8. Montesquieu, barón de: *De L'esprit des Loix ou du rapport que les loix doivent avoir avec la constitution de chaque gouvernement, moeurs, climat, religion, comerce. A quoi l'auteur a ajoûté des recherches nouvelles sur les loix romaines touchant les successions, sur les loix François et sur les loix féodales*. Se publica en Ginebra de forma anónima por Barrilet et fils, 1749. Años después en 1772, en el 5º tomo de *l'encyclopédie française*, d'Alembert hará un elogio de Charles de Sécondat, barón de Montesquieu, presidente del Parlamento de Burdeos, miembro de la Academia francesa, autor de la obra. Ya había escrito un ensayo previo titulado *Considerations sur la cause de la grandeur des Romains et de leur décadence*. Editado en París: Ch. Delagrave 1734.

Memoria

No hay ningún procedimiento que nos permita retrotraernos al pasado (no existe la máquina del tiempo más que en la ficción), y las ciencias históricas están incapacitadas para conocer el pasado como realmente fue, porque el pasado no se puede reconstruir. Solo podemos vislumbrar ese pasado (como el reflejo de una imagen en un espejo), a través de sus restos, huellas, vestigios, evidencias materiales y documentales. A las que, por otra parte, tenemos que hacer muchas preguntas, cada vez más complejas por influencia de puntos de vista multidisciplinares, ligados a las nuevas aportaciones de la arqueología, las ciencias humanas y sociales. Por otra parte, la Historia será siempre incompleta, pues solo puede lograrse conocimiento histórico de aquellos sucesos, procesos, organizaciones de los que se conservan trazas, tanto menos frecuentes cuanto más nos alejamos de nuestra época⁹. Sin olvidar que muchos sectores de la sociedad no dejaron testimonio de su paso por el mundo, porque la capacidad de manifestarlo estaba limitada por los conocimientos culturales, el nivel económico y una tecnología deficiente de conservación de datos en relación con la que disponemos en la actualidad.

Hay una **memoria archivística** cuya conservación se debe a dos razones: la capacidad probatoria del documento reconocida desde los tiempos de la codificación del Derecho romano, y la función testimonial de la documentación. Como expresan los especialistas en Historia del Derecho de la escuela austro-germana del s. XIX (von Sickel, Ficker, Brunner), el documento de naturaleza jurídica (refiriéndose al emanado de las cancillerías altomedievales y otras oficinas de gestión de gobierno y administración, además del notariado), es el testimonio de un hecho, y la garantía de un derecho. A ello habría que añadir la cantidad de textos de naturaleza diversa que tienen una función testimonial y se conservan en las secciones de documentos manuscritos de archivos y bibliotecas. Desde hace unos años constituyen la Memoria documental y bibliográfica de cada país, que está regulada por leyes específicas de protección del patrimonio. Parte de esta memoria en origen espontánea e inocua, puede adquirir en circunstancias políticas especiales connotaciones maliciosas que la conviertan en prueba de cargo contra los sujetos jurídicos en ella reflejados. Puede ser inaccesible por razones relacionadas con el secreto de Estado (en nuestros órganos parlamentarios existe comisiones de secretos oficiales, cuyos miembros son los únicos en tener acceso a los documentos reservados).

9. Moradiellos, E.: *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*. Madrid: Siglo XXI, 2001, pp. 59-60.

La documentación de archivo puede convertirse en botín de guerra, tan importante como el de obras de arte expoliadas por el enemigo desde los tiempos de Napoleón¹⁰ hasta la Segunda Guerra Mundial. En esta contienda, muchos archivos europeos fueron trasladados por las fuerzas de ocupación alemanas, y posteriormente por los soviéticos a Moscú. También se conservan en Rusia los archivos de los campos de concentración alemanes que fueron liberados en el camino del ejército rojo hacia Berlín. Asimismo los norteamericanos se hicieron con los archivos de Smolensko (sobre la organización del partido comunista soviético), incautados por los alemanes en Ucrania, llevándolos a los Estados Unidos, al igual que los pertenecientes al NSDAP (Partido Nacional Socialista) encontrados en Allgau, que sirvieron para incriminar a los encausados en el juicio de Nuremberg y fueron devueltos a Alemania en 1994¹¹. Esta documentación sirvió como fuente de información en el enfrentamiento de las dos grandes potencias mundiales (Unión Soviética y USA) en los tiempos de la guerra fría.

Pero hay procesos que puede alterar la memoria histórica de forma deliberada. Entre ellos la *damnatio memoriae*: es la destrucción deliberada de huellas ligadas a personajes históricos caídos en desgracia y condenados al olvido. Conocida desde Egipto, adquiere carta de naturaleza en la República e Imperio romanos, en el que el Senado y el pueblo romano deciden ejecutar este castigo a fin de evitar el mantenimiento del recuerdo de dirigentes políticos y militares cuya caída en desgracia (perdedores de guerras civiles, autoridades poco respetuosas con las instituciones y lo políticamente correcto, emperadores de vida licenciosa que sobrepasan los límites de la moralidad pública) les convierte en candidatos al olvido de la memoria histórica. Los efectos de esta condena se observan sobre todo en las efigies (esculturas, bajorrelieves) de la arquitectura conmemorativa, muchas veces reutilizada por sus sucesores, pero no trasciende a las fuentes archivísticas ni al relato de los historiadores que hacen referencia de sus acciones deplorables.

En tiempos posteriores, los cambios dinásticos derivados de las guerras civiles promovidas entre ramas legítimas y bastardas de familias reales, especialmente bajo-medievales, producirán un salto genealógico, condenando al olvido al rey perdedor

10. II Centenario de la primera devolución (28/06/1816) de los documentos del Archivo de Simancas trasladados a París en 1810-1811 por orden de Napoleón. No se devuelve todo hasta 1942, tras acuerdo entre el régimen del general Franco y el del general Pétain.

11. Coeuré, S. y Monier, F.: «De l'ombre à la lumière. Les archives françaises de retour de Moscou (1840-2002)», en *Archives secrètes, secrets d'archives*, París: CNRS, pp. 133-148, y especialmente pp. 134-136, 139.

en los documentos de confirmación de privilegios reales, saltándose el procedimiento administrativo (Enrique II, fundador de la dinastía Trastámara, que busca su legitimación como rey de Castilla en su descendencia bastarda de Alfonso XI, olvidando toda mención a su hermanastro y antecesor Pedro I, heredero legítimo de la corona, asesinado con engaño por el nuevo monarca en el campo de Montiel).

La **memoria manipulada**: entraría en lo que el filósofo y antropólogo Paul Ricoeur define como memoria instrumentalizada, ligada a la problemática de la identidad. La identidad es en sí misma un elemento poco consistente por su difícil relación con el paso del tiempo, aunque contrariamente al enfoque reduccionista del anglosajón Derek Parfit (para el que la identidad a través del tiempo consiste en una concatenación de eventos físicos y psíquicos cambiantes, y al estar los compromisos y la responsabilidad en relación con ellos, produciría una liberación de la responsabilidad personal sobre el pasado), el filósofo francés considera que hay una conexión entre la identidad personal subjetiva (ídem), y la responsabilidad de las acciones del sujeto (ipse). La tentación identitaria consiste en la desviación que conduce del ipse al ídem, como si los tiempos actuales no fueran una herencia del pasado.

Cuando terminada la Segunda Guerra Mundial la filósofa judía Hanna Arendt volvió a la República Federal alemana y redactó en 1950 su informe titulado *Visita en Alemania. Las consecuencias del régimen nazi*¹², comprobó que en ningún lugar de Europa como en Alemania se silenciaba el tema de los crímenes de guerra, no se sabe si por vergüenza o por indiferencia ante la ruina que también había afectado al país, de forma que sus habitantes comparaban sus problemas con los de los demás europeos, considerando que la balanza del sufrimiento de guerra había quedado equilibrada, pues también el pueblo alemán tenía su cuota participativa. Olvidando que fue Alemania quien inició el conflicto, huían del reconocimiento de su papel en el desarrollo de los acontecimientos. Con el paso del tiempo esta actitud de elusión de responsabilidades se ha extendido a muchos ámbitos, porque como suele decirse, la historia no se repite pero los argumentos exculpatorios sí. Llegándose incluso al negacionismo de los episodios más indignos (la existencia de campos de concentración por parte de ciertos sectores políticamente ultranacionalistas), en una clara manipulación de la verdad histórica.

12. En su obra *Eichmann in Jerusalem*, que vio la luz en 1963, habla sobre la banalidad del mal, pero también pone en tela de juicio el papel de los Consejos judíos que gobernaban los guetos y componían las listas de quienes iban a ser deportados sin saberlo, considerando esta etapa como una de las más oscuras en la historia judía, por el papel jugado por los dirigentes de la comunidad en la destrucción de su propio pueblo. Ni qué decir tiene que se ganó las críticas del Estado de Israel.

Otras causas de fragilidad de la identidad son la percepción del otro como una amenaza (alteridad mal tolerada), más la consideración de que la identidad es consecuencia de la violencia, pues no existe comunidad histórica que no haya nacido de la guerra. Las manipulaciones de la memoria están relacionadas con procesos ideológicos, que se enmascaran como guardianes de la identidad, ofreciendo una réplica simbólica con el objeto de fortalecer una identidad frágil, proclamada y reclamada¹³. Por otra parte, el afán de los contemporáneos de instalarse en la postura de las víctimas, como señala T. Todorov, da a estas un *status* que hace que el resto de la población se sienta en la obligación de otorgarles un resarcimiento¹⁴. En estos casos existe el deber de memoria como imperativo de la justicia.

La memoria silenciada. Se justifica con argumentos psicológicos y técnicos relacionados con el psicoanálisis, planteando en la memoria humana individual y de los pueblos la necesidad de olvidar acontecimientos traumáticos. Pero históricamente no pueden obviarse periodos difíciles, de los que la sociedad no se siente orgullosa por el comportamiento de algunos de sus miembros. Son episodios silenciados sobre los que la historiografía oficial pasa de puntillas, aunque periódicamente se generen debates sobre la relación entre la llamada historia oficial y la veracidad histórica. La memoria silenciada está relacionada con conflictos bélicos, guerras civiles, ocupación militar y resistencia a ella, represión contra la insurgencia que lucha por la liberación del colonialismo, etc., represalias contra los vencidos. Episodios negros de la historia europea del pasado siglo (Guerra Civil española, Segunda Guerra Mundial), que provocaron sobre todo en el conflicto mundial la muerte de millones de personas, la destrucción de centenares de ciudades y miles de comunidades urbanas, además del tejido productivo, más una cantidad ingente de desplazados que querían volver a sus países de origen tras la derrota de los regímenes fascistas alemán e italiano. Además de la venganza contra los colaboracionistas llevada a cabo por poblaciones que habían sufrido las consecuencias de la ocupación enemiga.

El silencio historiográfico sobre estos periodos oscuros ha llegado hasta tiempos recientes por diversas razones: la necesidad de crear parámetros para afrontar con dignidad tiempos de recuperación, el rearme moral europeo sobre bases de recuperación del derecho internacional y los derechos del hombre. Todo ello hizo que fuera inaccesible para el historiador todo el caudal de información conservado en los archivos sobre estos tiempos oscuros del pasado siglo. Se creó por el contrario la imagen de una

13. Ricoeur, P.: *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003, pp. 110-118.

14. Todorov, T.: *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000, p. 56

nueva Europa que trataba de evitar los errores del pasado, en un marco de relaciones transnacionales que dieron como fruto el Acta Fundacional de Mercado Común del carbón y del acero del que este año se celebra el 60 aniversario, y que se ha transformado en la Unión Europea de ámbito que trasciende a lo económico para ampliarse a lo político y social. Por otra parte, a nivel mundial, el 24 de octubre de 1945, 51 países crearon en San Francisco la Organización de las Naciones Unidas, transformando la Sociedad de Naciones nacida en Ginebra tras la Primera Guerra Mundial. Hoy forman parte de ella 193 países que trabajan por procurar la paz y seguridad mundial, el desarrollo económico y social. Probablemente, su actividad más reconocida es la relacionada con la Agencia de ayuda a refugiados y desplazados (ACNUR), que fue creada para paliar los problemas derivados del final de la Segunda Guerra Mundial en Europa, y la Corte Internacional de Justicia, con sede en La Haya, donde se juzgan los delitos de genocidio y contra la humanidad. Más la actividad de denuncia, supervisión y control de los derechos humanos, en la que la Unión europea tiene también sus propios tribunales de justicia.

La memoria y el olvido

Ya desde antiguo tenemos constancia de la existencia de técnicas para tratar de evitar la desaparición de la memoria por el paso del tiempo. Los monumentos conmemorativos de las civilizaciones egipcia, griega y romana tenían la finalidad de exaltar y reconocer los hechos destacables de los grandes protagonistas de la historia del momento, pero eran además un recurso para a través de imágenes e inscripciones, evitar el olvido/desaparición de la memoria causado por el inexorable paso del tiempo. El Humanismo renacentista creó imágenes y argumentos que trataban de trascender la finitud del género humano (no olvidemos *Los triunfos* de Petrarca, una de las obras más difundidas desde el s. XV, que entre otros triunfos trata del triunfo sobre la muerte, que podría resumirse en el adagio de que nadie muere definitivamente si alguien mantiene su recuerdo, o en la expresión más contemporánea de que todo ser humano para dejar huella de su vida debería plantar un árbol, escribir un libro, o tener un hijo [mejor las 3 cosas]).

Paul Ricoeur, en su obra *Memoria, Historia, Olvido*, encuentra argumentos en la obra del filósofo Henri Bergson¹⁵ para tratar sobre el olvido, al que considera estrecha-

15. Bergson, H.: *Matière et Mémoire. Essai sur la relation du corps à l'esprit*. París: ed. Félix Alcan, 1896, como reacción contra el reduccionismo de Th. Ribot en *Les maladies de la mémoire*, 1881, que

mente unido con la memoria, como uno de sus condicionantes, puesto que el olvido opera selectivamente y es decisivo para la constitución del recuerdo. Existen dos tipos de olvido, el *definitivo*, que es estudiado por la neurociencia al estar provocado por la destrucción de huellas debido a una patología generalmente ligada al envejecimiento humano. Está, por otra parte, el olvido de *reserva*, o de latencia del recuerdo, que cumple su función en la generación de la memoria tanto individual como colectiva.

El psicoanálisis, para el caso de los individuos, y la Historia, para el caso de las sociedades, muestran que la fidelidad al pasado queda en segundo plano frente a la preservación de la propia integridad. La memoria es selectiva, pues así como el individuo puede dejar en lugares recónditos de su recuerdo sucesos traumáticos en los que estuvo a punto de experimentar la anulación física y mental de su persona (supervivientes de los campos de concentración, niños soldados de las guerras actuales), las sociedades pueden enmascarar acontecimientos históricos de etapas en las que el caos, el desgobierno, la desaparición del Estado de Derecho causaron heridas tan profundas en quienes sufrieron sus consecuencias, que hicieron que históricamente se promoviera una historia oficial frente a la historia real. Todo ello tiene que ver con el no querer saber del ciudadano que sobrevivió a los penosos años del conflicto de los años 40 del pasado siglo. Tanto la Europa occidental como el resto del continente optaron por esta vía, como estrategia de supervivencia para huir de las secuelas del trauma, eludiendo responsabilidades para dar paso a una sociedad nueva y olvidadiza¹⁶.

Pero las víctimas que sobrevivieron a estas situaciones excepcionales no olvidaron, pudiendo plantear exigencias de reparación del daño que pasaban por el ejercicio de la justicia como única vía de resarcimiento y establecimiento de responsabilidades hacia los causantes del problema. Lo que no significó que las víctimas quedaran satisfechas muchas veces, porque la aplicación de la justicia no hizo sino constatar que el castigo estaba en relación con la legislación y las reglas de juego vigentes. La opción definitiva, pero difícil de conseguir para volver la página sobre estos periodos negros de la Historia, nace del perdón de las ofensas, al que Ricoeur dedica el final de su obra *Memoria, Historia, Olvido*, bajo el epílogo *el perdón difícil*, que tiene como objetivo la reconciliación para conseguir la normalización social, nacional, etc.

analiza solo el funcionamiento del sistema nervioso. Para Bergson el cerebro (materia) en relación con el espíritu actúa como un órgano de acción, no es una simple colección de recuerdos. La distinción alma/cuerpo no reposaría sobre la espacialidad sino sobre la temporalidad. El alma sería el lugar del pasado, y el cuerpo el lugar del presente.

16. Ricoeur, P.: *La memoria, la historia...*, p. 582.

El papel de la historia y del historiador

A estas alturas, creo que podemos ir concluyendo que la Historia es una narración que por enlazar con la mitología griega tiene como musa inspiradora a Clio, hija de Zeus y Mnemosine (la memoria). La objetividad de los escritores del relato histórico hace tiempo que está puesta en entredicho, pues en la escritura de la Historia desde sus orígenes en Grecia hay una clara intencionalidad. Si la finalidad de la Historia en la antigüedad era la de servir como instrumento educacional, en el periodo romano surge la historia con objetivos particulares, como medio propagandístico para conseguir el poder político, o justificar el ejercicio del mismo dejando al mismo tiempo una buena imagen de las élites protagonistas. Roma alcanza cimas no superadas en tiempos sucesivos, utilizando el discurso histórico y monumental para proclamar la excelencia de sus máximas autoridades, dejando constancia de ello para la posteridad.

La historia propagandística: es el propio protagonista el que, utilizando discursos retóricos de falsa objetividad (narración en tercera persona como en el caso de César), o dejando de lado la falsa modestia (como en el caso de Augusto), proclama sus logros con el objeto de conseguir el juicio favorable de la Historia. Los emperadores Flavios (Tito), y especialmente los Antoninos, que convierten el acceso al poder en un sistema de adopción hereditaria, logran involucrar a las instituciones (Senado) o al emperador que sucede en el gobierno, que se convierten en promotores de títulos (deificación de sus antecesores), o del levantamiento de monumentos conmemorativos a mayor gloria póstuma de su dedicación a las tareas de gobierno y defensa del Imperio.

Julio César será el primero en utilizar estos recursos. Político audaz, con buena formación retórica, crea su imagen histórica al narrar sus hazañas, destacando su faceta como conquistador y participante de la política romana como bisagra entre la etapa final republicana y el comienzo del Imperio. Su *Comentario a la guerra de las Galias* narra su nombramiento como procónsul de la Galia, y la conquista en 8 años del territorio que desde la Narbonense se adentraba en Helvecia y el otro lado de Rhin (germanos, belgas), vislumbraba Britania, se aseguraba Aquitania, y acababa con los galos tras el asedio y rendición de Alessia. Parece que la obra se redactó en Bibracte, ciudad de los Heduos (cerca de la actual Autun) en el invierno del 52-51 a.C., poco antes del final de la guerra.

Las fuentes de información de la obra fueron los informes de César al Senado, su correspondencia oficial y privada, y los informes de los legados de César. Todo reunido por la secretaría de César con Hirtius a la cabeza, bajo la dirección y supervisión del propio César. El objetivo era la exaltación de las virtudes de procónsul:

ciencia militar, prudencia, celeridad en sus acciones militares, fortuna, popularidad entre sus soldados, clemencia. Pero, en realidad, el caudillo se aprovecha de los méritos de sus legados, minusvalora a sus adversarios (salvo Ambiorix, jefe de los eburones o belgas, y Vercingetorix, jefe de los galos), altera la información etnográfica sobre la Galia y Germania, ningunea a los partidarios de Pompeyo, muestra la realidad de la forma que conviene a sus intereses¹⁷.

En el mismo sentido, los *Comentarios a la guerra civil*, que tienen como objetivo la justificación de la caída de Pompeyo, el candidato del Senado republicano, frente a un César triunfante respaldado por el ejército conquistador de la Galia, que penetra en Italia el año 49 a.C. provocando la huida de Pompeyo y su ejército que es vencido en Grecia (Farsalia), para acabar siendo asesinado en Egipto. A su vuelta a Roma, el Senado le ratifica el título de dictador, consiguiendo además el de tribuno de la plebe, lo que le convierte señor de Roma, lo que provocaría los recelos del Senado y su asesinato en la conjura del año 45 a.C. en los Idus de marzo.

La obra de su sucesor Augusto es proclamada por el propio emperador. La importante actividad de mejora constructiva de la ciudad de Roma se manifiesta en diversos monumentos conmemorativos de la paz que siguió al final de las guerras civiles, con el mantenimiento de la autoridad romana en el Mediterráneo oriental (Siria y Egipto), la reorganización administrativa de la Galia y la conquista completa de Hispania. Para conmemorar todo esto, el Senado encargó la construcción del Ara Pacis en el Campo de Marte. Augusto, a título personal, había ordenado la construcción en la misma zona del mausoleo familiar, levantado tras la batalla de Actium y su vuelta de Alejandría, donde probablemente conoció el mausoleo de Alejandro Magno. Junto con el Reloj de sol, constituyen los monumentos conmemorativos más importantes de la etapa augusta.

Pero además el primer emperador romano, escribió de su puño y letra antes de morir su testamento con las disposiciones sobre sus funerales. Redactó también un *Index rerum gestarum*, sobre lo conseguido a favor de Roma, además de un *Breviarium* que contenía un balance del Imperio, con información administrativa, demográfica y contable. El Senado ordenó grabar como reconocimiento, y con un claro afán propagandístico, en 2 columnas de bronce que se colocaron a la entrada del mausoleo, las *Res gestae* del emperador. Se hicieron varias copias, la mejor conserva-

17. Rambaud, M.: *L'Art de la déformation historique dans les Commentaires de César*. Paris: Belles Lettres, 1953.

da en la antigua ciudad de Ancyra (Ankara), conocida como *Res gestae divi Augusti*, que contienen 4 partes: la primera, sobre su carrera política, cargos y honores; la segunda, con las donaciones económicas, de alimentos y tierras a ciudadanos y especialmente a veteranos de su ejército; la tercera, sobre sus hazañas militares y logros diplomáticos; la cuarta, con los honores concedidos por el Senado, el ejército y el pueblo. Fueron redactadas hacia el año 13 d.C., año y medio antes de su muerte.

Esta Historia propagandística tiene continuidad en muchas biografías de reyes y emperadores, desde el periodo carolingio a la baja Edad Media. En el Renacimiento se incorporará la mitología en especial en lo referente a la historia de las ciudades. A lo largo de la Edad Moderna se pondrá interés en descubrir los orígenes. En el caso de Navarra es evidente este objetivo en la obra de Moret, cronista del reino, que escribe en el s. XVII sobre sus antigüedades, buscando en la documentación de los archivos reales y eclesiásticos la información que le sirvió para demostrar la singularidad del territorio navarro y sus habitantes.

No será hasta fines del s. XIX cuando la Historia se convierta, con el alemán Ranke, en disciplina científica estudiada en los centros universitarios. La Historia entrará a formar parte de las ciencias humanas, que, a diferencia de las ciencias físicas, naturales y matemáticas, pretende el estudio de la sociedad y del sujeto humano que la compone. Las ciencias humanas tienen la peculiaridad de que tratan de explicar el comportamiento humano (individual y colectivo) atendiendo a razones y causas que no derivan de contextos mecánicos, o leyes universales y necesarias, sino que son consecuencia de procesos en los que la intencionalidad, propósito o finalidad que mueve sus decisiones se salen de cualquier determinismo.

Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado para instruir al mundo. Y muchos sujetos históricos (especialmente los relacionados con el ejercicio del poder) se preocupan por la visión que la Historia dará de sus personas (el juicio de la Historia, considerado como un remedo de juicio universal que salvará o condenará su actuación). En la actualidad, y no solo entre la clase política, existe la tendencia a limpiar la imagen que los medios de comunicación y las redes sociales dan de muchos ciudadanos. Incluso, entre algunos condenados por la justicia, existe la intención declarada de matizar (disminuyendo eso sí el rango y naturaleza de sus delitos) la historia de sus vidas, publicando memorias realizadas por encargo, puesto que escribir no es algo que pueda improvisarse ni hacerse con facilidad. ¡Qué peligro el de las memorias, por el falseamiento que se hace de las biografías!

Para la escritura de la Historia, ya los positivistas decimonónicos establecieron una metodología que no tenía ni más ni menos que la pretensión de mostrar lo que realmente ocurrió en el pasado. Las fuentes de la Historia tratadas con procedimien-

tos heurísticos debían facilitar al historiador la reconstrucción crítica del pasado. El historiador, por tanto, tiene que realizar una gran tarea de búsqueda e identificación de fuentes de información, aplicando las técnicas necesarias de reconocimiento de la fiabilidad de esas huellas y su interpretación¹⁸. La Historia positivista hoy tan denostada fue muy valorada en su momento, y el historiador considerado como un científico capaz de encargarse de la observación razonada de las leyes «objetivas» que supuestamente regían el devenir humano. Mientras la idea de progreso se mantuvo sólida, los historiadores se esforzaron en definir la frontera entre el ayer lejano y premoderno, y el que anunciaba la modernidad. Pero las situación cambió en el s. XX, cuando acontecimientos cuyas consecuencias no fueron previstas, dejaron profundas y dolorosas huellas en la memoria colectiva de los pueblos, abriéndose paso la idea de la crisis de la modernidad.

El historiador, que estaba bien valorado en la era del optimismo moderno porque había analizado las supuestas estructuras históricas en las que se fundamentaba la acción de las comunidades nacionales y de grupos sociales emergentes que protagonizaron los cambios sociales del periodo contemporáneo, cayó en desgracia por los sucesos calamitosos del s. XX¹⁹. Pero no es responsabilidad del historiador la predicción del futuro, porque los acontecimientos no están regidos por ninguna ley objetiva, sino que dependen de contingencias cuya evolución no es previsible. El presentismo histórico puede hacernos perder la perspectiva, porque, desde el punto de vista histórico (la Historia a largo plazo), es evidente que a lo largo de los siglos se han sucedido ciclos de crecimiento, expansión y decadencia (provocada también hay que decirlo por guerras, catástrofes naturales y sanitarias). Lo que ha cambiado en los tiempos actuales es la magnitud de los efectos, que pueden llegar a ser globales.

No es posible desligar la Historia de su contexto incluso temporal. Como tampoco es recomendable desconocer el pasado más o menos remoto, porque forma parte del patrimonio histórico cultural de cuyos vestigios podemos sentirnos orgullosos, aunque no sea más que por el hecho de haber resistido el paso de milenios. Ya el mero hecho de su antigüedad le da un valor de continuidad del género humano sobre el planeta. En cuanto a la utilidad de la Historia, es algo que interesa al ciudadano por su interés rememorativo (los estudiantes del Aula de la Experiencia son

18. Moradiellos, E.: *Las caras de Clío...*, pp. 53,

19. Sánchez León, P. y Izquierdo Martín, J. (eds.): *El fin del historiador. Pensar históricamente en el s. XXI*. Madrid: Siglo XXI, 2008, prólogo.

un claro indicio de que al menos para una parte de la sociedad existe el deseo de entender sus vivencias, no solo como una experiencia personal sino en relación con un marco más amplio que se las haga más comprensibles). Por no hablar de la necesidad de buscar las raíces, las referencias históricas, al igual que los seres humanos precisan conocer sus orígenes biológicos, para responder a la clásica pregunta de «quiénes somos y de dónde venimos».

Pese a que el conocimiento de la Historia parece algo superfluo, puesto que desencadenados los acontecimientos no se les puede poner freno (no se puede dar marcha atrás), ni parece que aprendamos del pasado para evitar errores, sorprendentemente en periodos de crisis (y estamos todavía inmersos en una grave crisis política y económica de ámbito mundial), se entra en fase de reflexión. No siendo raro escuchar manifestaciones que reclaman un análisis de lo sucedido para conocer las causas que han provocado un desastre de tales proporciones, no se sabe si con la intención de exigir responsabilidades a quienes hicieron dejación de sus competencias en materia de vigilancia, contrapeso y control. Es aquí donde jugará un papel importante el historiador especialista en los ámbitos político, social y económico, que dará pasado un tiempo una visión de lo sucedido, y pondrá en su lugar a quienes tomaron decisiones con repercusiones tan onerosas para quienes sufrieron sus consecuencias.

Así es que creo que habrá Historia para rato. Dejemos que el tiempo ponga las cosas en su sitio. Eso es todo. Muchas gracias por su atención.